

## SOY DEFENSA

*Gloria Lucia Sierra A.*

*6 de agosto de 2007*

*Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender*

José Ortega y Gasset

El interés que me ánima a presentar las ideas que se discutirán en este texto, no está soportado en el objetivo de hacer un análisis de un caso clínico. Lo que pretendo es señalar el valor que puede tener, en los distintos procesos de atención, la lectura del síntoma como lógica que conduce al sujeto. Mi deseo es motivar a todos aquellos que trabajamos con niños, a que detengamos la atención e intentemos comprender lo que nos dice cada caso, antes de dar origen a ese laberinto sin fin,

en el que introducimos a algunos niños identificándolos a un diagnóstico.

La estructuración psíquica de un sujeto, o dicho de otra manera, la constitución de sus afectos, emociones, y modos de relacionarse, es el resultado de una serie de factores tan diversos y complejos, que se hace difícil precisarlos. Sabemos, por ejemplo, que el vínculo familiar y específicamente el de los padres, entre sí y con los hijos, tiene una gran influencia en la vida emocional de cualquier persona. Sobre dicha incidencia hablaremos en particular en este caso. Es menester sin embargo, establecer una claridad respecto a un equívoco que se presenta constantemente cuando hablamos de psicoanálisis.

Hay un mito muy generalizado que insinúa que en un tratamiento psicoanalítico, siempre resultan los padres responsabilizados de todos los malestares que aquejan a un sujeto. En este orden de ideas el paciente queda absuelto de toda implicación en las dificultades que se presentan en su vida.

Esta creencia, aunque popular, está completamente alejada de la verdad. El psicoanálisis más que una teoría y una práctica clínica es una ética que, como principio, responsabiliza al sujeto de cada una de sus elecciones y de la manera particular como se las arregla con ellas en su existencia.

En el trabajo con niños esta lógica no es distinta, es conducida por las mismas coordenadas. Esto nos permite comprender, que las respuestas que cada niño construye frente a la realidad que le toca vivir, son de su exclusiva autoría. Son respuestas que no se establecen voluntaria ni conscientemente pero, aun así, son propias, singulares e inéditas. Eso precisamente es lo que determina la particularidad única del sujeto y su consecuente responsabilidad.

Los padres en su función, y también como pareja hacen como pueden hacer, hacen lo mejor que pueden, de acuerdo a sus propias posibilidades; al fin y al cabo ellos también padecen su propia historia y responden como su psiquismo se los permite. Al respecto, Freud fue puntual al sostener, que ser padres era una tarea que hiciérese como se hiciere, siempre quedaría mal hecha.

En el marco de esta aclaración previa, pasamos a presentar un caso que nos permitirá observar cómo un niño determina su propio destino, a partir de las condiciones en las que se inscribe en el discurso familiar. Veamos:

Cuando se observa a Tomás, jugando con un cesto de juguetes, es difícil pensar que no se está frente a un niño cualquiera. En sus ojos habita ese brillo que en su magia aloja mundos lejanos, tejidos entre curiosidad y sueños.

“Tomás no estaba entre nuestros planes”, dice la madre, “al nacer desplazó a Lucas, su hermano que sólo tenía un

añito. Todo sucedió tan rápido... Durante el embarazo tuve varias amenazas de aborto, no se quería aferrar, yo sentía que se quería salir. Estuve mucho tiempo incapacitada, pero me sentía feliz, así podía quedarme cuidando a Lucas mi primer hijo”.

La verdad, dice el padre, es que Tomás siempre ha sido un niño angustiado, tiene problemas desde que estaba en la guardería, lo han visto muchos especialistas y algunos de ellos piensan que todo es culpa nuestra. Por eso mi esposa y yo nos hemos dedicado a investigar sobre el **trastorno negativista desafiante**, que es la enfermedad que dicen que tiene el niño, pero el problema continúa. Cada vez nos sentimos más impotentes, ninguna sanción funciona, cualquier cosa puede provocarlo, con todo se altera, es muy agresivo.

En pocas palabras, ésta es la presentación que de Tomás hacen sus padres. Ellos llegan al **colegio Escolarte**<sup>1</sup> en busca de una opción para la atención educativa de su hijo. De todas las instituciones ha salido expulsado, empiezan tolerándolo, dice su padre, pero en poco tiempo se dan por vencidos. Ha sido atendido por psicólogos, siquiátras y neurólogos, no tiene ningún daño orgánico, le han formulado una gran diversidad de fármacos, pero nada parece funcionar, los medicamentos sólo lo tranquilizan por un tiempo.

---

1 Institución educativa perteneciente a la Corporación Ser Especial.

## **EN EL COLEGIO**

Tomás tiene 8 años y cursa tercero de primaria, es vital, activo, le encante el arte, los computadores, el deporte... habla muy fuerte, pregunta, reclama, algo parece moverlo continuamente, algo no le deja estar tranquilo, algo que está muy adentro, algo que de cuando en cuando explota.

Su profesora dice que el niño no quiere nada con el saber, que poco le interesan sus tareas escolares, que siempre está a la expectativa de encontrar con quién pelear. Sólo se tranquiliza cuando juega, y cuando está armando o desarmando algo.

Desde el inicio del año ha tenido problemas con uno de sus compañeros, pelean con insistencia, se han golpeado mutuamente y se profieren fuertes insultos. Los pactos en Rectoría han tenido algún efecto de regulación; sin embargo, cuando sus miradas se cruzan, el desencuentro flota en el aire. Tomás no cesa de decirle a su compañero: **“a tu papá lo mataron por chanda”**. Pero, ¿cuál es la razón para que Tomás parezca fijado a esta acusación? Veamos qué nos muestra al respecto el caso mismo.

## **LA FAMILIA**

Marta, la madre de Tomás, vivía cuando era soltera al cuidado de una familia con la que no se sentía bien. Tenía un novio con el que sostenía una relación de largo tiempo. Un día cualquiera éste le confesó que ya no la amaba y que por tanto su vínculo debía terminar.

Esa verdad conmocionó la vida de Marta; pero a su vez le permitió encontrar a una persona que se hizo fundamental para ella, su suegra. Ambas entristecidas por la noticia, se dedicaron a consolarse una a la otra. En el curso de este proceso Marta conoce a Roberto y en poco tiempo decide irse a vivir con él. En medio de las difíciles condiciones de esta unión, Marta y Roberto encuentran una salida, se instalan en al casa del exnovio y su madre. En esta particular composición familiar que se establece, son recibidos los tres hijos de la pareja.

No es de extrañar que a partir de entonces a la exsuegra empiecen a llamarla abuela y al exnovio tío. En ocasiones se les ve a todos juntos... alguna vez los vecinos se atrevieron a preguntar: ¿Y cuál de los dos es el padre de los niños? La imagen del triángulo se insinúa, al parecer, a los ojos de todos, menos a los de Roberto que se instala cómodo en esa condición. El recorrido que hasta este momento se plantea en el caso, nos conduce a plantear una primera cuestión:

¿En qué posición se ubica este hombre al permitirle a su mujer seguir conviviendo con su exnovio, su exsuegra y además hacer parte, él mismo, de este singular conjunto?

Veremos a continuación cómo este proceder de los padres impacta a Tomás, de qué manera se expresa su efecto en el síntoma que caracteriza al niño, y cómo todo lo anterior empieza a ser nombrado en el dispositivo clínico.

## EL DISPOSITIVO CLÍNICO

Tomás viene al consultorio desde que ingresó al **colegio Escolarte**, hace cinco meses. Al principio dedicaba las sesiones a hablar sobre su cotidianidad, el fútbol, sus hermanos y sus peleas con sus compañeros, en particular con ése al que le grita, que a **su papá lo mataron por chanda**. Al respecto afirma que le dice esto, porque siente por él una rabia muy grande que no puede contener aunque le traiga problemas. Comenta que eso que siente, hace que insulte y quiebre todo.

Si observamos este punto con detenimiento, vemos que en esta explosión de rabia aparecen unas palabras, “a su papá lo mataron por chanda”; afirmación que dirige a su compañero, pero que parece nombrar algo de la condición de **muerto** en la que ve a su padre. La analista para subrayar esta relación, corta la sesión después de anotar:

“Esto que sientes entonces, es algo que no puedes con-trolar y está relacionado con eso que no soportas: **un papá al que matan**”.

En los días que siguieron a esta sesión, el niño no quiere venir a la consulta, encuentra siempre alguna excusa que lo exima de asistir a este espacio. Esta respuesta nos permite observar que algo se tocó con la intervención anterior, algo muy fuerte que tal vez Tomás no puede aún asimilar, por eso se resiste a continuar el trabajo.

La resistencia es un efecto natural en la lógica de una intervención psicoanalítica.

La analista en consecuencia, implementa estrategias para traer de nuevo a Tomás a su consulta. En las sesiones siguientes permanece muy callada a su lado. Un día cualquiera Tomás se dirige a ella diciéndole: ¿por qué no me pregunta nada? Yo vengo acá es para hablar, y sin esperar respuesta, empieza a hacerlo en un lenguaje infantil. Dice: “abuela pegar, pelear, metida”, y repite estas cuatro palabras en distinto orden. La analista resalta: “Hay una abuela metida” y cierra la sesión.

Esta intervención tiene como objetivo transmitirle al niño que se está captando un mensaje, mensaje que se le devuelve, que se le hace resonar. No olvidemos que en esta historia hay una abuela, que al ser reconocida como tal, siendo la madre del exnovio, cuestiona el linaje que le viene al niño de su propio padre.

Al día siguiente entra al consultorio diciendo: “usted me pegó ayer, usted mató a mi abuela, abuela metida, usted también es metida”. La analista hace un gesto y no dice nada, él sonríe y repara: mentiras, estoy charlando. Luego toma una muñeca, la maltrata, le reclama: “tonta dañina, yo peleo porque el otro empieza, son tontos los que preguntan a los criminales, están uetos, yo estoy ueto”.

Si tratamos de descifrar estos contenidos en la lógica del caso, vemos que en el primer momento Tomás hace acoso de recibo de la intervención de la sesión anterior,

sobre la abuela; pero luego, además, nombra a unos cri-minales que lo dejan **ueto**, léase, **muerto**<sup>2</sup>. Criminales a los que es tonto preguntar, los que sólo le dejan una opción: **pelear**.

En efecto eso es lo que hace el niño todo el tiempo; pero, ¿a quiénes tiene en el lugar de criminales que lo dejan en la condición de muerto? Esta condición tiene carácter de imperativo en el psiquismo de Tomás y viene dada des-de sus orígenes. Recordemos el recuento que la madre hace de su embarazo, no estaba entre nuestros planes, no se quería aferrar, yo sentía que se iba a salir. Todo lo anterior, sin que sintiera angustia; por el contrario, afirmando que ella estaba feliz de estar incapacitada y de poder así pasar más tiempo con su primer hijo. ¿Qué deseo, fue el que alojó entonces a Tomás? ¿En qué condición puede dejar al niño, esa nada de deseo?

No es casualidad que esta madre ubique a Tomás en el lugar de dañino, afirma que todo lo que toca lo daña, que vino al mundo a desplazar a su primer hijo, podríamos decir, al que en ese momento era el objeto de su deseo. No es extraño, entonces, que comente: cuando le digo a Tomás que no intente arreglar nada, porque todo lo termina dañando, él se angustia, pero yo le repito: con gusto o sin gusto tú siempre dañas.

---

2 El niño sustituye el significante muerto por ueto, valiéndose de la homofonía. Esto nos muestra como el inconciente, para mantener oculta su verdad, encubre, disfraza y se sirve de distintos mecanismos. Vale la pena para ampliar, consultar el concepto de “Lalengua”.

Y en efecto, al parecer, antes del nacimiento de Tomás ya todo estaba completo para Marta, tenía a su marido, a su exnovio, a la familia de éste y a su pequeño bebé. ¿Qué lugar quedaba en este hogar para Tomás? El significativo **ueto**, equivalente a muerto, nombrado por el niño, da cuenta de ese lugar al que se identifica Tomás, en razón a las circunstancias que determinaron su llegada al mundo. Alude además a la condición en la que ubica a su padre, como lo vimos anteriormente.

En otra sesión el niño nombra algo relacionado con este punto, mientras juega con dos muñecos luchadores que se golpean. Uno de ellos habla para decir: ¡quedaste castrado! La analista le enfatiza con una pregunta ¿castrado? El continúa: sí, eso quiere decir que le pisaron las güebas por güebón. Se cierra la sesión. ¿Qué mas decir? Todo parece claro, hay dos hombres en combate. Uno de ellos, castrado, güebón. Es evidente la alusión que el juego hace a la estructura familiar que capta Tomás. Así está constituida la versión del niño sobre la posición de su padre y ésta es una manera de nombrarlo.

El psicoanalista francés Jacques Lacan, tiene un texto muy corto pero de gran potencia en su aplicación para el trabajo con niños. Se llama “Dos notas sobre el niño”<sup>3</sup>. Una de las ideas que fundamentan este texto, nos hace ver cómo un niño presentifica en su propio síntoma, el

---

3 Lacan Jacques. Dos notas sobre el niño, en intervenciones y textos 2. Manantial. Buenos Aires. 1988

síntoma de la pareja parental, es decir, ese síntoma, que señala la manera particular de cómo cada uno de ellos, como hombre y como mujer, responden a la dificultad propia de la relación entre los sexos<sup>4</sup>.

## **LA LECTURA DEL SÍNTOMA**

El síntoma de Tomás es su agresividad sin control, su posición desafiante. Este síntoma interpretado como problema en la conducta, lo condena a una condición de excluido del sistema de educación regular y en consecuencia, de todas las actividades deportivas, culturales y sociales, en las que participan los niños de su edad.

El mismo síntoma también es el que genera la remisión del caso al neurólogo y luego al psiquiatra. Científicos que tras la aplicación de las evaluaciones diagnósticas, determinan un trastorno, que hace que Tomás adquiera una nueva identidad y un nuevo destino: la inscripción como paciente psiquiátrico y el origen de una larga historia farmacológica.

Pero, ¿cómo y cuándo pasó todo esto? Podemos resistirnos a creer que las decisiones de Marta y Roberto como pareja pudieron llegar a determinar, de este modo, la existencia de Tomás; pero el caso desnuda esta verdad en su lectura. Marta y Roberto en la particularidad de su encuentro como pareja, responden vinculándose al

---

4 Salman S. Las modalidades del síntoma en el niño: la acción de los padres, en psicoanálisis con niños. Gramaediciones, Buenos Aires. 2004.

exnovio y a la exsuegra, borrando con este acto, límites fundamentales en el ordenamiento de la familia. Ése es el síntoma de la pareja parental. Tomás, por su lado, ante lo insoportable de esta organización familiar, construye un síntoma como respuesta: su agresividad. Pero, ¿qué función cumple dicho síntoma?

Podemos empezar anotando que para el psicoanálisis, el síntoma es la forma singular con la que responde el sujeto al encuentro con aquello que le resulta insoportable, innombrable. Esta respuesta propia y particular, le permite entonces al sujeto arreglárselas con aquello que no marcha. En la clínica se opera tratando ese modo singular de respuesta. Esto le corresponde al psicoanalista. Sin embargo, vale la pena preguntarnos: ¿una lectura del caso, contando con la lógica del síntoma, no amplía las fronteras de comprensión de las demás disciplinas que intervienen con el niño?

Un maestro, un psicólogo, un trabajador social, un médico que reciba un caso como el de Tomás, con un interés distinto al de diagnosticar o remitir, podrá obtener de una observación atenta, herramientas que le permitan descifrar y comprender la lógica oculta del síntoma del niño. Con esta información toda la mirada y el abordaje del tratamiento cambian, puesto que el interés automático de diagnosticar cesa, para dar origen a la capacidad de dejarse orientar por el niño mismo, por lo que dicen sus padres, por lo que expresan sin palabras, por lo que actúan. Tomás, por ejemplo, siempre se sienta en el

borde que separa el aula del corredor, es decir se sienta en el límite, necesita estar en su corporalidad sobre él. Este detalle nos permite recordar que el límite es lo que está borrado en su familia, que es la función que no opera su padre; en consecuencia, es eso que Tomás reclama desesperadamente. Esto nos explica además, por qué el niño con su comportamiento, lleva a todas las personas hasta el punto más extremo; punto en el cual logra hacer palpable el límite, lo hace visible, lo encuentra.

Que comprendamos la lógica del caso, no significa que consintamos con todas las expresiones del síntoma del niño, pero sí que nos abstengamos de interpretar con prejuicios algunas de sus manifestaciones. El síntoma de la agresividad en Tomás cumple una función básica. Con esa expresión se separa, **se defiende**, toma distancia de ese exceso familiar que lo deja en la condición de muerto. Este síntoma, sin embargo, aunque cumple esta función, deja a Tomás también separado del mundo, lo excluye. La complejidad de esta situación, sin embargo, puede relativizarse si contamos con un detalle nombrado por el padre en una de las entrevistas iniciales: al niño le encanta desarmar y volver a armar, por eso yo siempre le compro herramientas.

Esta posición paterna deja una posibilidad, volver a armar, opuesta a la nombrada por la madre siempre termina dañando. Es así como una opción distinta a la que el niño ha recurrido por siempre, queda instalada como un recurso que viene del lado del papá y que sitúa

una vertiente de trabajo que puede ser aprovechada no sólo en la clínica, sino en cualquiera de los espacios que constituyen la vida de Tomás.

Esa fuerza que nutre sus gritos desaforados está constituida por la misma sustancia que se pone en juego cuando el niño, después de haber desbaratado la maquinaria de un juguete, toma pieza por pieza hasta encontrar con precisión el engranaje que se requiere para que vuelva a funcionar. El síntoma entonces de un lado es nocivo, pero de otro lado es un nombre, es aquello que marca lo propio, lo que hace huella en un sujeto, lo inusurpable, y allí también hay posibilidades.

Algo similar, de la misma naturaleza, se observa en la relación que tiene el niño con el fútbol. En la cancha Tomás recibe órdenes, cumple normas, soporta las sanciones. En este espacio el niño se regula, puede controlar, aunque con gran esfuerzo, su explosión. Esto sucede porque la disciplina que impone la práctica de este deporte positiviza, para este muchacho, la consistencia del límite que no encuentra en su padre.

Para terminar voy mostrarles con que precisión aparece ese nombre, que determina el síntoma de un sujeto, de manera literal en la posición que ocupa Tomás cuando juega. Cierta día en la consulta, mientras hablaba de fútbol, comenta: ayer ganamos el partido porque no dejé que hicieran ningún gol... ¿ya le había contado que **yo soy defensa?**